

Teoría morfogenética y pensamiento de los grupos sociales: siguiendo los aportes de Margaret Archer y Frédéric Vandenberghe

Matías Mansilla¹

¹ Universidad de Buenos Aires - Instituto de Investigaciones Gino Germani. Correo electrónico: mk.mat@hotmail.com
<https://orcid.org/0009-0003-7822-3378>

Recibido: 24/10/2024. Aceptado: 17/01/2025.



<https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.202501.007>

Teoría morfogenética y pensamiento de los grupos sociales: siguiendo los aportes de Margaret Archer y Frédéric Vandenberghe

RESUMEN

El enfoque morfogenético es una perspectiva teórica desarrollada por la socióloga inglesa Margaret Archer. Combinando elementos de la sociología relacional con otros provenientes de la filosofía realista-crítica, el enfoque morfogenético resulta en una teoría que poco a poco se ha expandido desde su cuna, Inglaterra, hacia el resto del mundo. En este trabajo propongo pensar la formación de grupos sociales desde la teoría morfogenética, buscando resaltar o aportar conceptos útiles para la elaboración de un marco teórico en esta línea. Para ello se recuperarán los aportes tanto de Archer como de Frédéric Vandenberghe, un gran aportador al estudio de los grupos en el marco de la teoría presentada. Así, se usarán principalmente los conceptos de reflexividad y de avatares de lo colectivo, desarrollados por Archer y Vandenberghe, respectivamente. A partir de estos dos conceptos se abordará la cuestión de los procesos que podrían llevar a la formación de grupos sociales y a la formación de su capacidad para la acción colectiva. Se finalizará proponiendo la reflexividad compartida como un concepto que puede contribuir a explicar tanto los procesos antes mencionados, como las categorías o clasificaciones sociales involucradas en los mismos.

Palabras clave: Reflexividad, Avatares, Clasificaciones, Grupos

Morphogenetic Theory and Thinking of the Social Groups: Following the Contributions of Margaret Archer and Frédéric Vandenberghe

ABSTRACT

The morphogenetic approach is a theoretical perspective developed by the English sociologist Margaret Archer. Combining elements from the relational sociology with others coming from critical-realism philosophy, the morphogenetic approach results in a theory that little by little has expanded from its birthplace, England, to the rest of the world. In this work, I propose to think the formation of social groups from the morphogenetic approach, searching to highlight or contribute useful concepts for the elaboration of a theoretical framework in this line. For this, I will recover the contributions from Archer and Frédéric Vandenberghe. The last one, a great contributor to the study of groups in the frame of the presented theory. Thus, I will use, principally, the concepts of reflexivity and avatars of the collective developed by Archer and Vandenberghe respectively. Starting from these concepts, I will tackle the question for the processes that could lead to the formation of social groups and the formation of its capacity for collective action. I will finish proposing the concept of shared reflexivity as one that can contribute to explain both the aforementioned processes and the categories or social classifications involved in the same.

Keywords: Reflexivity, Avatars, Classifications, Groups

INTRODUCCIÓN

Margaret Archer fue una socióloga inglesa de gran trayectoria en el mundo académico y aún es vista como abanderada de la perspectiva relacional y realista crítica en sociología. La teoría morfogenética fue elaborada por la autora combinando las perspectivas antes mencionadas. Esta teoría representa un enfoque novedoso para abordar fenómenos de interés sociológico, estableciéndose como una herramienta conceptual ampliamente difundida que presenta una gran potencialidad tanto para abordar problemáticas conocidas y extensamente discutidas como para descubrir nuevos problemas ligados a la época actual. A lo largo de la elaboración de esta teoría, Archer ha entablado numerosos debates con sociólogos de la talla de Bourdieu y Giddens, a la vez que ha sido objeto de críticas por parte de académicos y académicas cercanas a otras perspectivas.

En lo que respecta a la recuperación de los debates y críticas mencionadas, cabe destacar a King (2010), analizando las rupturas y posibles continuidades entre las teorías de Archer y Giddens; Elder-Vass (2007), en su búsqueda de puntos de complementariedad entre Archer y Bourdieu; y Caetano (2015), en su estudio crítico de la concepción de Archer sobre los procesos de socialización. Asimismo, entre los pensadores latinoamericanos que han indagado profundamente sobre los aportes de la autora, cabe mencionar a Henríquez (2017), con su movimiento de desempaque de la teoría morfogenética; y Pignuoli-Ocampo (2018), con el análisis de los puntos nodales del enfoque morfogenético en el marco de los debates sucesivos que ha atravesado dicho enfoque en su construcción. Sin embargo, no son pocos los que han encontrado en la teoría morfogenética una batería de conceptos con gran potencia para abordar los objetos de estudio de su interés: Pórpora y Shumar (2010), con su estudio acerca de la reflexividad y no-reflexividad desplegada por ciudadanos estadounidenses, o Mrozowicki (2010), con su análisis sobre el modo reflexivo puesto en práctica por obreros de la Polonia postsocialista, por mencionar algunos.

La teoría de Archer, en este sentido, permite pensar de forma dinámica el interjuego entre agencia y estructura y sus implicancias en diferentes procesos. En esta línea, el objetivo de este trabajo es realizar una aproximación a los procesos de formación de grupos sociales desde la teoría morfogenética, buscando resaltar los conceptos que creemos útiles para crear un marco teórico que permita el abordaje de las relaciones y los mecanismos que dan lugar a la unión en colectividad, la conformación de símbolos, las dinámicas internas y de representación, propios de los grupos sociales.

Abordaremos esta tarea a partir de la articulación de tres conceptos o problemáticas fundamentales. En primer lugar, el problema de las clasificaciones sociales.

Según Alejandro Bialakowsky (2017), las clasificaciones sociales refieren a atributos clasificatorios que dividen, jerarquizan, califican y representan el mundo social, siendo un aspecto importante para entender la construcción y las lógicas de grupos, instituciones e individuos, así como la configuración de relaciones de tensión entre ellos, que involucran movimientos de emancipación y de dominación dados de forma dinámica. En este sentido, se establece que toda clasificación es producto de:

Un trabajo de reelaboración, dislocación o impugnación de otras clasificaciones. El carácter histórico y cambiante de toda categorización supone comprenderla a partir de los entramados complejos de procesos reclasificatorios de los cuales es parte, esto es, aquellos entramados que la modulan y la vuelven inteligible. Así, un estudio de los procesos reclasificatorios aborda cómo se constituyen, sostienen y modifican ciertas maneras de dividir el mundo social y natural, que articulan atributos y cualidades de sus distintas «porciones» o «partes» (de «clases», de «géneros», de «razas/etnias», de «regiones», de «actividades», etc.) (Bialakowsky, 2022, p. 7).

Desde este punto de vista, los grupos aparecen como entidades que albergan ciertas clasificaciones sociales que los constituyen, organizándolos y fundamentando su acción a partir de representaciones que le otorgan cierta dirección. Aquí está el vínculo con un segundo concepto fundamental de este trabajo, el concepto de reflexividad elaborado por Archer que, desde su definición como «el ejercicio regular de la habilidad mental, compartida por todas las personas normales, de considerarse a sí mismas en relación con sus contextos (sociales) y viceversa» (Archer, 2007a, p. 4), se presenta como algo eminentemente individual.

Asimismo, Archer (2003; 2007a) plantea a la reflexividad como una característica emergente propia de los agentes, que les ayuda a relacionarse con el contexto social del que son parte, afrontando los diferentes constreñimientos y habilidades que este último les presenta, así como relacionándose con otros individuos o grupos. En este sentido, se piensa a los grupos como agentes colectivos que elaboran proyectos de acción colectiva en una relación dinámica con el contexto social que habitan. Esto supone otorgarle un rol a la reflexividad como algo capaz de originar procesos colectivos, dando lugar a las clasificaciones que configuran un grupo y posibilitan su acción. En otras palabras, se trata de pensar la reflexividad como una capacidad de los individuos que, sin embargo, aparece en los grupos de una forma específica. Esta consideración surge de la idea de que, en los libros en donde Archer establece los ejes fundamentales del enfoque morfogenético (1996; 2000; 2003; 2007a; 2009; 2012), el lugar de los grupos, si bien es reconocido, queda relegado a un segundo plano frente al énfasis que la autora hace en la teorización sobre el interjuego entre agencia y estructura y el desarrollo de la agencia y la identidad individual.

El tercer concepto sobre el cual se asienta este trabajo es la idea de los avatares de lo colectivo formulada por Frédéric Vandenberghe (2007). El autor establece la idea de que existe un proceso de constitución de grupos sociales que atraviesa momentos específicos separados, analíticamente, de forma temporal. Cada momento forma parte de los denominados avatares de lo colectivo y pueden ser útiles para pensar un abordaje analítico de diferentes momentos en donde se consolidan diferentes tipos de clasificaciones sociales que hacen a un grupo.

La propuesta de este trabajo se apoya sobre la idea de que el esquema elaborado por Vandenberghe puede ser complementado con el pensamiento de la reflexividad al interior de los grupos. Esto con el fin de contribuir a la explicación de los procesos colectivos que le dan forma tanto a los grupos como a las clasificaciones sociales que les son propias.

Así, el concepto propuesto para explicar la reflexividad en grupos es el de *reflexividad compartida* y tiene que ver con la idea de una agrupación en función de semejanzas reflexivas entre agentes individuales, haciendo posible ciertos modos de relación entre ellos, el armado de un proyecto de acción colectiva y el establecimiento de un objetivo general en línea con algunas preocupaciones individuales².

En este sentido, comenzaremos recuperando algunos presupuestos de la teoría morfogenética en lo que respecta a la cuestión de los grupos. Luego recuperaremos brevemente los avatares de lo colectivo de Vandenberghe, esquematizando cada una de estas etapas y pensándolas, a la vez, como momentos de origen de clasificaciones sociales específicas. A partir de lo anterior, propondremos el concepto de reflexividad compartida como un concepto que viene ligado al proceso colectivo de formación de un grupo y que engloba las etapas mencionadas anteriormente.

1. PRESUPUESTOS FUNDAMENTALES DEL ANÁLISIS MORFOGENÉTICO EN ARCHER Y VANDENBERGHE

Adscribiendo a la filosofía realista crítica fundada por Roy Bhaskar a mediados del siglo XX, tanto Archer como Vandenberghe sostienen la idea de que la realidad existe de manera estratificada, en donde ciertas relaciones, mecanismos generativos

² El concepto de reflexividad compartida, tal como será explicado más adelante en el texto, se monta sobre la tipología de modos reflexivos elaborada por Archer, a saber: la reflexividad comunicativa, la reflexividad autónoma, la metareflexividad y la reflexividad fracturada. Todas ellas serán abordadas a su tiempo en este trabajo. Lo que resulta provechoso destacar desde el inicio es que el concepto de reflexividad compartida viene a explicar un primer momento de acercamiento entre los agentes que forman un grupo, momento previo incluso a la identificación de preocupaciones comunes. De modo que sería posible afirmar que ciertos grupos tienen una base constitutiva que es comunicativa, autónoma, metareflexiva o fracturada, y que dicha base se refleja en las acciones colectivas y clasificaciones propias de esos grupos.

—como las leyes naturales, por ejemplo— y propiedades emergentes de todos los elementos que pueblan el mundo —vivos o no vivos, como los individuos y las estructuras socioculturales, respectivamente— dan lugar al funcionamiento de una realidad estratificada —en diferentes planos, como el natural y el social— abierta a fenómenos contingentes, cambios dinámicos o efectos causales que van marcando un panorama de transformaciones o reproducciones que conforman el funcionamiento de la realidad. Así, de los dos autores, Archer establece los puntos fundamentales del enfoque morfogenético como modo de abordar sociológicamente la realidad social en base a los supuestos anteriores.

Lo que propone la autora es que, para entender fenómenos sociales de diversos tipos, es necesario abordar la relación dinámica, estratificada y mediada entre las agencias y las estructuras que habitan la realidad social. En términos generales, se trata de entender a la agencia y a la estructura como dos entidades en sí mismas, separadas entre sí, pero sometidas a una relación constante y compleja a partir de la cual se influyen mutuamente. Así, Archer vislumbra la dinámica entre ambas entidades de forma secuencial:

De ahí se deriva el hecho de descomponer analíticamente la secuencia en tres fases, que tanto para el realismo como para la morfogénesis pueden denominarse «Emergencia—Juego Mutuo—Resultado». De ese modo, a pesar de que la estructura y la agencia operan simultáneamente en la sociedad, el elemento analítico consiste en quebrar estos flujos en intervalos que vienen determinados por el problema a estudiar: a partir de un problema y su periodización, la proyección de las fases hacia delante y hacia atrás conectaría con los ciclos analíticos anteriores y posteriores. Esto representa el fundamento central para comprender la estructuración en el tiempo, que entonces permite explicar formas específicas de elaboración estructural (2009, p. 237).

Pero este abordaje de la relación entre estructura y agencia también permite explicar formas específicas de constitución agencial como las relacionadas al desarrollo de la identidad personal y social (Archer, 2000), al desarrollo de una reflexividad propia de los agentes (Archer, 2003), de una identidad reflexiva (Archer, 2007a) y también las relacionadas al desarrollo de una socialización reflexiva (Archer, 2012) que permite entender la formación de grupos sociales.

Ahora bien, si se quiere entender cómo se dan las diferentes relaciones entre agencia y estructura, hay que entender los momentos de esa relación y aquello que media en ella. Respecto al primer punto, Archer propone un abordaje analítico en tres momentos: uno de condicionamiento estructural, otro de interacción entre agentes y estructuras, y un último momento de elaboración estructural. Estos momentos están signados por «dos teoremas fundamentales: (i) que la estructura es necesariamente previa a la(s) acción(es) que la transforma y (ii) la elaboración estructural es

necesariamente posterior a esas acciones» (2009, p. 236). Así, la elaboración estructural puede conllevar una reproducción de las estructuras —morfostasis— o su transformación —morfogénesis—, por parte de los agentes.

En cuanto a aquello que media en la relación entre agentes y estructuras, se trata de propiedades emergentes específicas de cada entidad. Archer da cuenta de ciertos poderes de efecto causal que son dispensados por agentes y por estructuras en la relación que mantienen entre sí y a lo largo de los tres momentos de la misma. El poder causal más propio de las estructuras es su capacidad para condicionar contextos sociales dentro de los cuales los agentes se mueven. Así, las estructuras socioculturales definen ciertas oportunidades y constreñimientos que condicionan la formación de los agentes, al condicionar sus relaciones sociales, su apropiación de ciertos recursos, entre otros factores (Archer, 2012). Sin embargo, lo que aquí nos interesa es la propiedad emergente de los agentes, que es su capacidad reflexiva. Esta propiedad permite a los agentes relacionarse con el mundo y trazar ciertos proyectos de acción que marcan la dinámica de su relación con las estructuras. Así, según el objetivo de los proyectos, y siempre y cuando estos no fracasen, la acción puede derivar en procesos de morfogénesis o morfostasis. Ahora bien, cuando Archer habla de la reflexividad lo hace en relación con los agentes individuales, aquí es donde proponemos hacer una pequeña salvedad. Archer establece la reflexividad como capacidad de deliberación y, asimismo, la deliberación en la autora es sinónimo de *conversación interna*, concepto utilizado para explicar el proceso mental que supone dicha deliberación. En este sentido, se podría entender a la reflexividad como la capacidad de los agentes de llevar a cabo una conversación interna, entendida esta última como la interrogación del mundo a partir de la posición del agente (Archer, 2003). Es decir, un proceso mental en donde el agente se define frente a ciertas situaciones y define ciertas preocupaciones.

En este punto pensamos que es preciso separar, por lo menos analíticamente, la capacidad de reflexividad del proceso de conversación interna. Esto a fin de no considerar a la reflexividad como sinónimo de conversación interna (Donati, 2010). La operación debería consistir en vislumbrar los distintos niveles en que se sitúan uno y otro concepto. Como mencionamos en líneas anteriores, la reflexividad es un proceso que gira en torno a la consideración de sí mismo —por parte del agente— en un contexto social determinado (Archer, 2007b).

Mientras, la conversación interna refiere a la interrogación del mundo a partir de la consideración de la situación y el lugar que se habita dentro de él (Archer, 2013). En otras palabras, se puede entender a la reflexividad como un poder del agente que le permite considerarse en tanto tal, definiendo el mundo —y su contexto—, definiéndose dentro del mundo, reconociendo la relación que existe entre él y el mundo y dando cuenta de su capacidad de acción más o menos limitada por su contexto

social. Por otro lado, puede entenderse a la conversación interna como el acto de interrogar —mentalmente— a un mundo definido, desde la propia definición de uno mismo, interactuando con el mundo y concibiendo las formas de actuar en él o sobre él. Desde este punto de vista, entonces, la reflexividad es el gran poder del agente, algo que media en la relación entre el agente y la estructura y que tiene un efecto causal en dicha relación. Mientras, la conversación interna es la operación de ejercer la reflexividad por parte del agente. Es una operación ejecutable de forma consciente, que activa la reflexividad como propiedad emergente y precipita su efecto causal³.

En esta línea, entender la separación entre el poder y la operación de ejercicio del mismo nos puede ayudar a comprender que la reflexividad no viene funcionando, sino que se hace funcionar, se construye y es propia de todo agente, por ser una herramienta para llevar a cabo la acción. Ahora bien, ¿cómo pensar la reflexividad en grupos?

Lo primero que hay que hacer es entender a los grupos como agentes colectivos. Este, creemos, es el gran aporte de Vandenberghe al pensamiento de los grupos desde la teoría morfogenética. Al igual que Archer, Vandenberghe se monta sobre la idea de que una entidad social solo puede considerarse tal si tiene propiedades emergentes que la hagan irreductible a otra entidad. Por lo que, en un esfuerzo para definir tanto a estructuras como a agentes, es preciso no solo identificar sus características particulares, sino también los poderes emergentes que les son propios y que se revelan en la relación que tienen con el mundo. En este sentido, Vandenberghe se aboca a la conceptualización de los grupos en tanto agentes colectivos capaces de construir un proyecto de acción colectiva a partir de ciertas características. Para ello, el autor estudia el interjuego entre grupos y categorías —o clasificaciones sociales— que los constituyen, teorizando sobre un proceso de constitución o morfogénesis de los grupos dado en tres momentos que se relacionan de forma *trialéctica*. Cada momento nos permite pensar en diferentes tipos de relaciones y clasificaciones sociales que surgen de ellas y que representan propiedades emergentes que van caracterizando al grupo de manera sucesiva. La triple morfogénesis de los grupos

³ La conversación interna como capacidad ejercida de manera constante por parte del agente y los procesos de transformación cada vez más acelerados, son los ejes en base a los cuales Archer (2012) llega al diagnóstico sobre la reflexividad como clave para el desarrollo de los agentes en la modernidad tardía. Siendo la propia reflexividad más importante que, por ejemplo, las disposiciones incorporadas (Bourdieu, 1997) que guiaban una acción rutinaria y pierden peso de la mano de una caída de los marcos normativos orientadores en la socialización, a causa de procesos de morfogénesis sucesivamente más rápidos. Este, junto con la crítica al conflacionismo central, que no tendríamos espacio para reponer aquí, es una piedra fundamental del debate entre la propuesta de Archer y la de Bourdieu. Para más información sobre el tema, consultar los textos citados de Pignuoli-Ocampo (2018) y Elder-Vass (2007).

abordada por el autor nos permite acceder a una suerte de *esquema clasificatorio* de un grupo, en donde es posible ver su constitución como comunidad-simbólica —primer momento—, como cuasigrupo —segundo momento— y como grupo organizado —tercer momento—. Esto resulta de gran importancia para poder pensar, luego, de qué forma un grupo constituido adopta una lógica específica para desarrollar proyectos de acción particulares.

2. LA TRIPLE MORFOGÉNESIS DE LOS GRUPOS SEGÚN VANDENBERGHE

Como ya hemos mencionado, existen tres momentos interrelacionados en la constitución de un grupo según Vandenberghe (2007). Pasamos a conceptualizar brevemente cada uno de ellos.

2.1. Momento de identificación simbólica

El momento de formación de una comunidad simbólica consta de múltiples procesos que contribuyen a la formación de un esquema de categorización según el cual el grupo puede establecerse simbólicamente. El primer proceso que da forma a esta etapa corresponde a la emergencia de lo que el autor llama *intencionalidad colectiva* de los —en este punto potenciales— miembros. Se trata de la intención de consolidar una unión colectiva. Esta intencionalidad da lugar o abre la posibilidad a la emergencia de todos los momentos de constitución del grupo. Así, lo primero que surge es una comunidad simbólica, definida como una agrupación donde sus miembros tienen una conexión, directa o indirecta, que es soportada por la existencia simbólica de dicha comunidad. Ambos tipos de conexión suponen la idea de que, en la comunidad, los miembros no necesariamente tienen que conocerse o tener una relación estrecha entre sí. Por ejemplo, una agrupación de hinchas de un equipo de fútbol no necesariamente está constituida de una totalidad de miembros que se conozcan, sin embargo, la existencia de símbolos como el cuadro, la camiseta, banderas o canciones, hacen que cada miembro presuponga la existencia de otros miembros y, así, que la comunidad cobre existencia de manera simbólica.

A partir de esta intencionalidad también surgen los rituales de interacción en donde se producen relaciones entre los diferentes miembros, se trata de momentos que intensifican la vida colectiva, acercando a sus miembros y profundizando su ligazón en comunidad. A grandes rasgos, estos momentos pueden caracterizarse, en términos de Durkheim (1982), como momentos de efervescencia colectiva. El rasgo más importante de estos momentos es que aquí es donde surgen símbolos que sirven para representar la comunidad por fuera de las experiencias que le dieron origen. En nuestro ejemplo de hinchas del equipo de fútbol: si bien la agrupación se originó por una intencionalidad colectiva a partir de la concurrencia a la cancha,

distintas experiencias de efervescencia colectiva —que tengan lugar en la cancha o no— hacen surgir símbolos como canciones o eslóganes que representan a la comunidad ya sin necesitar la alusión directa a la cancha. Así, los símbolos originados se vuelven marcadores de pertenencia a la comunidad, configurando la emergencia de la idea de *sujetos en plural*. En efecto, la conexión entre los miembros de la comunidad, potenciada por los símbolos anteriormente mencionados, implica la autodescripción de los miembros del grupo como miembros de una entidad colectiva. Se trata de pensar en términos de un *nosotros somos*, reforzando la existencia de la comunidad simbólica. Aunado a esto último, viene el acto de diferenciarse de otras comunidades a partir de su aspecto simbólico. Es por esto que, en función de toda la simbología que evoca una comunidad simbólica particular, un *nosotros* siempre presupone un *ellos* que pueda funcionar como un *otro externo* y que permite a la comunidad delimitarse a sí misma. Así, una comunidad simbólica se asienta al categorizarse por sus miembros y diferenciarse de otras comunidades.

De este modo, puede afirmarse que todo acto de definición simbólica de una comunidad es un acto de clasificación social que no ocurre previamente a la unión, sino posteriormente a ella y de la mano de una intencionalidad colectiva inicial. Mientras, las clasificaciones simbólicas que surgen de este momento son aquellas que marcan una relación de diferencia con otras comunidades y van allanando el camino hacia la definición de formas de comportamiento, rituales o concepciones que son propias del grupo.

2.2. Momento de mediación tecnológica

Para constituirse como un grupo capaz de llevar a cabo una acción colectiva, no basta con lo anterior, sino que es necesario una segunda instancia en donde se solidifiquen las bases materiales que sostengan las relaciones entre los miembros. Este segundo momento es el momento de mediación tecnológica. Si bien no toda comunicación humana está mediada por la tecnología, un grado importante de inventos tecnológicos ha posibilitado la comunicación entre personas separadas espaciotemporalmente. La mediación tecnológica de las relaciones sociales es cada vez más profunda de la mano de una multiplicación de opciones de comunicación, algunas más inmediatas —como una videollamada—, otras más indirectas —como la caja de comentarios de alguna plataforma—. Ahora bien, en relación a la formación de grupos, Vandenberghe señala un entronque entre la identificación simbólica y la mediación tecnológica de las relaciones entre sus miembros.

Al establecerse las diferentes opciones de comunicación como de acceso inmediato —por ejemplo, si se quieren ver novedades, simplemente se recurre a la radio, la televisión o alguna aplicación del celular—, se va diluyendo la necesidad imperiosa de una relación que requiera copresencia. Si en nuestro primer ejemplo se

formaba una comunidad simbólica de hinchas de un equipo de fútbol a partir de la concurrencia de varias personas a la cancha, hoy la mediación tecnológica posibilita que esa comunidad simbólica también se pueda dar simplemente sintonizando el partido en la televisión o en otro aparato. Asimismo, sitios de internet como *fanpages* y páginas oficiales permiten que los símbolos, creados en momentos de efervescencia colectiva, puedan perdurar en el tiempo de manera más sólida —por ejemplo a través de los *posts* en las páginas mencionadas—. En este sentido, Vandenberghe afirma, recuperando a Glaeser (2005), que las mediaciones tecnológicas en las relaciones entre miembros de una comunidad no solo refuerzan la representación simbólica de dicha comunidad, también permiten articulaciones de acciones a través del tiempo y el espacio.

Desensamblando las relaciones de copresencia, los medios tecnológicos recomponen y distribuyen las relaciones interpersonales en un sentido en el que las personas que están separadas en tiempo y espacio pueden entrar en contacto entre ellas, virtualmente o actualmente, directamente o indirectamente. El efecto inmediato que esto produce es el refuerzo de la idea de una comunidad en donde los miembros ya no solo presuponen la existencia de sus pares, sino que también presuponen la posibilidad de conectarse con ellos a pesar de estar en espacios y tiempos distintos. En otras palabras, se articulan formas y canales posibles de relación entre los miembros de la comunidad.

La particularidad de esto es que una vez que existen relaciones sostenidas en el imaginario de los miembros —comunidad simbólica— y relaciones que son materialmente posibles entre ellos de forma directa o indirecta —gracias a la mediación tecnológica—, la comunidad ahora puede elevarse a un estado de *cuasigrupo*⁴.

Vandenberghe toma la idea de *público* en Gabriel Tarde (1986) y define un cuasigrupo como una red latente y dispersa que tiene la capacidad de, en ocasiones específicas, manifestarse como un grupo en constitución. Ahora bien, el carácter de manifestación como grupo en *constitución* está marcado por el hecho de que a pesar de tratarse de una agrupación real de miembros que se presuponen entre sí y tienen cierta capacidad de relacionarse de manera directa o indirecta, no tiene todavía una forma particular y permanente de organización que la haga funcionar como agrupación consolidada, por eso el carácter de *cuasi*. Lo importante en este punto es que las formas de *entrar en contacto* al interior del grupo son representadas por clasificaciones que podemos llamar sociotecnológicas ya que involucran una mediación

⁴ Las relaciones entre los miembros pueden ser mediadas por otros objetos —como cartas o periódicos—. Sin embargo, siguiendo a Vandenberghe, se hace énfasis en la mediación tecnológica porque ello permite pensar en una variedad de procesos más actuales de constitución de cuasigrupos diferentes según la tecnología —el objeto, si queremos ser más abarcadores— que media en la relación entre sus miembros.

tecnológica en las relaciones dadas al interior del grupo y, así, terminan por definir el alcance que tienen las relaciones entre sus miembros —no es lo mismo un cuasi-grupo en donde sus miembros solo se relacionan vía un medio, que un cuasigrupo en donde sus miembros se puedan relacionar a partir de múltiples canales ligados a las posibilidades tecnológicas del colectivo—. Esto termina por contribuir no solo a la consolidación del grupo y las formas de relación que existen a su interior, sino que también contribuye a pensar los alcances de su acción colectiva a partir de las posibilidades de contacto entre sus miembros y de la relación del grupo con el mundo.

2.3. Momento de representación política

El momento de representación política constituye la etapa final del proceso de triple morfogénesis de los grupos. Vandenberghe establece que es aquí en donde se consolida la característica de *grupo organizado*. En otras palabras, a un colectivo constituido como comunidad simbólica y como cuasigrupo que presenta ciertas relaciones directas o indirectas entre sus miembros, le falta una organización interna, algo que pueda estructurar su funcionamiento y hacer a dicho colectivo capaz de desarrollar una acción coherente en función de sus objetivos, esto último es lo que vendría a aportar el carácter de grupo organizado constituido a partir de esta tercera etapa.

Así, lo primero que hay que tener en cuenta es que un grupo no puede hacerse presente, junto con todos sus miembros, en todas las instancias que requieran relacionarse con el mundo. Es por ello que el grupo necesita ser representado en los momentos en los que no puede hacerse presente por completo —por ejemplo, si el grupo es una empresa, habrá momentos en los que no todos los trabajadores, funcionarios y ejecutivos puedan estar presentes para deliberar o decidir sobre una acción importante para los objetivos de la misma—⁵. Para responder a este hecho, la tesis de Vandenberghe es que la organización que estructura a un colectivo y le permite accionar en el mundo está directamente relacionada con la constitución de *spokespersons* que representan al grupo.

⁵ En el ejemplo que veníamos usando, referido al grupo de hinchas de un equipo de fútbol, las clasificaciones políticas representan posicionamientos del grupo frente a otras entidades que pueblan su contexto social como pueden ser instituciones, organizaciones, entre otros —ver nota 7 para una definición más detallada del sentido en el que tomamos la palabra «política»—. De esta manera, clasificaciones políticas tienen un efecto performativo en sus miembros, al ser incorporadas por estos últimos para representar los posicionamientos del grupo en el ámbito de discusión pública. Para un ejemplo sobre grupos de hinchas de equipos de fútbol constituidos como «barras bravas» participando en procesos políticos —posicionándose frente a otras agrupaciones e instituciones— en el contexto de la Argentina de los años 2007-2015, consultar el trabajo de tesis de Romero Gómez (2015).

Para definir lo que es un *spokesperson* es útil recapitular brevemente uno de sus antecedentes conceptuales. Nos referimos al concepto de *catnet* utilizado por Charles Tilly (1984), que refiere a individuos que comprenden a la vez una categoría y una red, combinando un alto grado de identificación con la comunidad y un alto grado de interconexiones. Así, Tilly establece que un individuo se vuelve categoría y red, no solo formando parte del colectivo, sino también representando a sus miembros, símbolos y objetivos. Vandenberge se monta sobre este concepto para desarrollar la noción de *spokesperson*.

El *spokesperson* actúa por el grupo, representándolo cuando este último no puede hacerse del todo presente. Así, este tipo de miembro tiene dos funciones clave: *actuar por* y *representar al* grupo. Aquí radica un punto fundamental y es que el *spokesperson* no corporiza al grupo para actuar *como* él, al contrario, el miembro de un grupo que es *spokesperson* reconoce las categorías propias del grupo, actuando conscientemente desde ellas y en pos de un objetivo grupal. En este sentido, el hecho de actuar *por* el grupo no supone que el *spokesperson* pierda su individualidad.

En esta línea, Vandenberge afirma que los *spokespersons* son designados por el resto de miembros del grupo. A su vez, los *spokespersons* consolidarían la existencia del grupo al representarlo y le otorgarían una organización interna a partir de la cual funcionar.

Desde nuestro punto de vista, creemos que si bien los *spokespersons* contribuyen a reforzar la existencia de un grupo al representarlo en el ámbito público, no necesariamente deben ser designados por el resto de los miembros ni tampoco se debería pensar que la organización interna de un grupo deriva enteramente de ellos. En primer lugar, sostenemos que cuando un individuo se vuelve parte de un grupo, reconoce e incorpora de manera reflexiva las clasificaciones simbólicas y las clasificaciones que atañen al tipo de relaciones sociales posibles entre los diferentes miembros, todas estas, clasificaciones propias del grupo en cuestión. Así, cuando un miembro reconoce e incorpora este esquema clasificadorio se vuelve capaz de representarlo en diferentes instancias en las que la totalidad del grupo no puede representarse a sí mismo, ya que *usa* estas clasificaciones para planificar y llevar adelante sus acciones. Esta representación va más allá de una designación previa por parte de los demás miembros, se trata de una representación del grupo que es posible siempre que los objetivos y clasificaciones grupales, por un lado, y las preocupaciones propias del individuo, por el otro, estén en la *misma sintonía*. De aquí se derivan dos hechos fundamentales: el primero es que un grupo requiere necesariamente de clasificaciones que lo construyan, pero también requiere reflexividades individuales que estén alineadas con estas clasificaciones y que puedan representarlas. Esto hace que todo miembro de un grupo sea un *spokesperson* sin necesidad de ser designado como tal. El segundo hecho viene ligado a esto último y es que,

si todos los miembros de un grupo pueden representar sus clasificaciones grupales, la organización interna de un grupo no puede derivar de la jerarquización de los *spokespersons* según su nivel de *representatividad*, como dice Vandenbergh⁶.

La organización interna de un grupo debe estar ligada a formas de comportamiento similares, que originen relaciones específicas internas al grupo. A la vez, también debe estar ligada a un objetivo que sea vinculable a las preocupaciones individuales de cada miembro, lo que les permita trazar un proyecto de acción colectiva que involucre roles específicos y, de la mano de esos roles, jerarquías. Entonces, para organizar un grupo, es necesario un objetivo común a la vez que ciertas formas de relación interna.

Desde Archer, es posible pensar en ciertos modos de relación a partir de su ligazón con ciertos tipos de reflexividad. Así, las clasificaciones del grupo son vitales para establecer un *marco* a partir del cual sus miembros puedan relacionarse reflexivamente de una manera particular, organizando y dando dirección al grupo. Volveremos sobre esto en breve, lo importante ahora es que pese a las salvedades que hemos hecho hace un momento, el concepto de *spokesperson* es muy interesante puesto que permite pensar en la relación entre las categorías que conforman un grupo y los efectos que pueden tener sobre sus miembros. En este sentido, la idea de un miembro que representa el conjunto de categorías grupales —o algunas de ellas—, muestra el carácter performático que implican las clasificaciones sociales que hacen a un grupo específico.

Así, en esta etapa de consolidación del grupo, se forman clasificaciones políticas, que representan la postura del grupo en el ámbito público y frente a las estructuras socioculturales —y a otros agentes— que pueblan su contexto, en función de un objetivo grupal propio⁷. En otras palabras, representan un posicionamiento particular del

⁶ Tanto la agrupación de agentes por su posición en un contexto social determinado como la organización de agentes en pos de actuar colectivamente para conseguir un objetivo común son explicados por Archer (2009) mediante los conceptos de agencia primaria y agencia corporativa. La agencia corporativa alude a grupos reales constituidos por un fin específico y la agencia primaria alude a colectividades dadas a partir de una configuración contextual. La relación entre ambas produce configuraciones y reconfiguraciones de la agencia colectiva. Aquí no hacemos tanta alusión a esta diferenciación. Tomamos, más bien, los aportes de Vandenbergh debido a que estos permiten focalizar en las clasificaciones sociales involucradas en los procesos de morfogénesis de grupos. Si bien pensamos que en algún punto tanto la agencia primaria como la agencia corporativa tienen sus clasificaciones y reflexividades compartidas específicas, en este trabajo estamos pensando particularmente en grupos sociales que entrarían dentro de lo que Archer denomina agencia corporativa.

⁷ La idea de clasificaciones políticas deriva de entender la política en línea con algunas de las reflexiones de Rinesi (2015), esto es, entendiendo a la política como un ámbito público en donde se despliegan prácticas en torno a un conflicto entre sistemas de valores, de necesidades, de creencias, expectativas, intereses, entre otros. Estas prácticas representan fuerzas en pugna sometidas a un proceso de canalización de sus diferencias que toma forma en las distintas posibilidades de negociación

grupo —crítico, conciliador, etc...— respecto a su contexto —teniendo en cuenta las oportunidades y constreñimientos que son parte de él—. El efecto de estas clasificaciones, en su entronque con las clasificaciones propias de los momentos anteriores, es performático. Es decir, que la acción en función de estas clasificaciones —en términos de símbolos, relaciones mediadas tecnológicamente y posicionamientos en el ámbito público— representa al grupo.

Asimismo, los miembros son agentes reflexivos que deciden adscribirse al esquema de clasificaciones grupales en función de la identificación con ciertas formas de comportamiento, de relación interna al grupo y con ciertos objetivos grupales en línea con sus preocupaciones personales. Esto es lo que hace pensar que, así como el grupo requiere de una serie de clasificaciones sociales que lo delimiten, también requiere de algún tipo de reflexividad compartida que sostenga o posibilite su organización interna.

3. LA REFLEXIVIDAD COMPARTIDA COMO BASE DEL FUNCIONAMIENTO DE LOS GRUPOS

La reflexividad juega un rol de mediadora entre las posibilidades de acción de los agentes y los condicionamientos de las estructuras. Así, establece las dinámicas de la relación de los agentes al marcar la emergencia de formas específicas de relacionarse con el mundo.

Aquí entra la tipología de modos reflexivos que Archer elabora. Se trata de diferentes formas de comportarse frente al mundo o de relacionarse con él, que varían según el tipo de deliberación interna que se dé al interior del agente, derivando en diferentes tipos de prácticas, expectativas, roles encarnados y movilidades sociales disímiles. Archer (2012), entonces, distingue cuatro modos reflexivos posibles: en primer lugar, la reflexividad comunicativa aparece como resultado de una deliberación interna que requiere interacción con otros sujetos para *confirmar* ciertas preocupaciones o modos de proceder que lleven a la acción. En segundo lugar, la reflexividad autónoma es resultado de un proceso de deliberación interna llevado a cabo únicamente por el individuo y que no requiere apoyarse en pensamientos o decisiones de otros como en el caso anterior, guiando directamente a la acción. En tercer lugar, la metareflexividad es producto de una deliberación interna elaborada sobre la base de una evaluación crítica y moral, tanto sobre sí mismo como sobre la agencia en sociedad. Se trata de un proceso de reflexión sobre la propia reflexividad,

entre las partes. Desde esta perspectiva, pensamos que las clasificaciones políticas ineludiblemente tienen que ver con posicionamientos frente entidades que pueblan un contexto social —instituciones, estructuras, agentes—.

basado en la problematización constante de los resultados de la deliberación por parte de los individuos, esta es la diferencia fundamental con el tipo anterior. La metareflexividad, por tanto, es más volátil o incierta —respecto de las trayectorias a las que da forma— que la reflexividad autónoma, aunque también tenga capacidad de desarrollar un proyecto de acción coherente⁸. Finalmente, la reflexividad fracturada es resultado de una deliberación interna que se ha visto obstaculizada o simplemente no ha podido dar con preocupaciones sólidas o formas de acción específicas, por lo que no deriva en un proyecto de acción, dando lugar a la desorientación y/o marginalización individual.

Desde nuestro punto de vista, pensamos que estos modos reflexivos tienen un efecto en la formación de grupos. Primero, es preciso afirmar que cualquier comunidad es dada por la agrupación de individuos en posiciones sociales similares —con un similar acceso a recursos, similares condiciones de vida, entre otras—, esta es la referencia que Archer (2000) hace a las comunidades a las que pertenecen los agentes individuales. Ahora bien, ya hemos visto con Vandenberghe que lo que da inicio al proceso de formación de un grupo como algo más que personas agrupadas en una posición social similar es lo que el autor llama *intencionalidad colectiva*. Aquí es importante tener en cuenta lo siguiente: la agrupación inicial es el hecho fáctico —es dada por la posición en contextos similares—, la intencionalidad, por otro lado, es el hecho reflexivo y es un proceso colectivo que se puede explicar pensando la reflexividad en grupos.

La reflexividad, tal como lo hemos mencionado antes, es un poder para la acción, una herramienta para la praxis, que es dispuesta por los agentes en función de sus propias preocupaciones. Ahora bien, hemos dicho que las clasificaciones de un grupo no pueden anular la individualidad de sus miembros, entonces ¿qué es lo que los agrupa? Vandenberghe ya ha mencionado la intencionalidad colectiva, el acto voluntario de agruparse. Sin embargo, la explicación de esa intencionalidad colectiva puede realizarse con Archer y el concepto de *reflexividad relacional*⁹.

⁸ Para Archer (2003, 2007a) la metareflexividad puede conducir a biografías y trayectorias laborales volátiles debido a que, a pesar de sus preocupaciones fuertes, no hay un escenario que en última instancia se adecúe totalmente a su ideal. Esta es la razón por la cual no llegan a establecer un *modus vivendi* definitivo o duradero, deben moverse siempre activamente en función de sus problematizaciones constantes respecto del contexto. Para ellos, en palabras de Archer, «there is no resting place» (2003, p. 355).

⁹ En otro lugar (Mansilla, 2023), hemos señalado la reclasificación sociológica que hace Archer del concepto de socialización a partir de la idea de reflexividad relacional. Es preciso corregir, en mi abordaje del término, que reflexividad relacional en Archer es una reinterpretación del concepto inicialmente acuñado por Pierpaolo Donati —a quien agradezco esta observación— para referirse a la reflexividad de la relación —como tal— entre sujetos. Archer identificó este concepto con la relación de las reflexividades individuales con su contexto —que comprende también a otros sujetos—. En este

La reflexividad relacional es una reconceptualización cuya idea principal es adaptar la concepción que se tiene de los procesos de socialización a un panorama de modernidad tardía en donde las guías para la acción tienen cada vez menos relevancia frente al peso que adquiere la capacidad reflexiva de los agentes, en un contexto de transformaciones cada vez más constantes y aceleradas (Archer, 2012). En este sentido, la autora establece que los individuos toman parte activa en su proceso de socialización a partir del ejercicio de su capacidad reflexiva. Así, la reflexividad relacional consiste en dos procesos fundamentales. En primer lugar, la necesidad de una *selección de las oportunidades* que se presentan en el contexto del individuo se trata de una selección realizada según intereses, inclinaciones, preocupaciones, etc. Esta es la respuesta reflexiva del individuo a la ausencia de autoridad de los marcos normativos que guían selecciones específicas. Entonces, el propio individuo se ve forzado a descubrir su capacidad reflexiva y ponerla en práctica para seleccionar un espectro de oportunidades que no son otra cosa que cursos posibles para su vida.

Un segundo proceso tiene que ver con lo que Archer denomina *formación de una vida*. En relación con la selección anterior, el individuo realiza la operación de priorizar, acomodar, subordinar o excluir las oportunidades que considera según sus preocupaciones personales. Así, relega la participación a ciertos grupos, prioriza la encarnación de cierto rol social y no otro, entre otras decisiones que contribuyen a formar su modo de vida.

Ahora bien, estos procesos giran en torno a lo que Archer, utilizando los aportes de Donati (2011), llama *bienes relationales*. Los bienes relationales son una propiedad emergente de las relaciones entre agentes y contribuyen al desarrollo positivo de quien los identifica. Por ejemplo, para un agente que contempla múltiples oportunidades posibles, la relación que tenga con otro agente le puede ayudar a acomodar, subordinar o excluir ciertas oportunidades en particular —a partir de consejos, afectos, contactos, eslóganes y otros elementos que pueden percibirse como bienes útiles para formar un modo de vida o curso de acción sólido—. Contrariamente, existe la idea de *males relationales*, mediante los cuales se puede pensar en la identificación de un estímulo como perjudicial para el proyecto de acción que un agente busca desarrollar.

Así, si hablamos de agentes que movilizan las clasificaciones sociales que los constituyen —desde preocupaciones por parte del individuo hasta símbolos por parte de los grupos—, podemos pensar en los bienes relationales como aquellas

texto nos apegamos a la idea de Archer (2012) sobre la reflexividad relacional. Existe un artículo de Donati (2024) en donde se aborda la diferencia entre estas dos acepciones del concepto en particular.

clasificaciones que son identificadas como útiles a los proyectos de acción particulares de cada agente y por lo tanto son incorporadas por ellos.

La cuestión de los bienes relationales es vital para entender el porqué de la intencionalidad colectiva. Los agentes individuales no se agrupan simplemente a partir de la cercanía entre sus posiciones sociales, sino que se relacionan entre ellos, identificando bienes relationales que son compatibles con sus preocupaciones particulares. De esta manera, la intencionalidad colectiva no es más que el resultado de relaciones sociales que presentan, de manera emergente, bienes relationales para sus participantes. Por eso, los miembros de un grupo no tienen que coincidir al cien por ciento para poder agruparse, basta con encontrar similitudes reflexivas que permitan la identificación de bienes relationales —estas similitudes pueden ser formas similares de hacer las cosas, formas similares de lidiar con oportunidades o constreñimientos del contexto social, formas similares de relacionarse, etc.—. Así, se forma la reflexividad compartida como un proceso colectivo de agrupación por semejanzas reflexivas, que es sostenido en relaciones que presentan bienes relationales para sus participantes. Los bienes relationales pueden ir desde una afectividad o confianza que sustente reflexividades comunicativas, hasta contactos que sirvan a intereses individuales y que sustenten reflexividades autónomas.

A partir de la reflexividad compartida, entonces, se da la intencionalidad colectiva que originará el proceso de triple morfogénesis de los grupos señalado por Vandenbergh. De aquí, es posible hablar de la formación de un proyecto de acción colectiva llevada a cabo a partir de esta reflexividad compartida, de este modo compartido de relacionarse con el mundo y actuar sobre él. Por lo tanto, la reflexividad compartida puede entenderse como una propiedad emergente de un grupo, que posibilita su organización en función de una forma compartida de comportarse y relacionarse respecto del mundo, posibilitando la identificación de un objetivo colectivo y, de manera subsiguiente, el armado de un proyecto de acción colectiva que le dé movimiento y organización al grupo. Así, la reflexividad compartida engloba los tres momentos —simbólico, sociotecnológico y político— de constitución de un grupo, al funcionar como su disparador.

Es preciso reiterar, en este punto, que no nos referimos aquí a la reflexividad compartida como el acto de llevar a cabo una suerte de conversación interna grupal, sino que la entendemos como un proceso colectivo de agrupación de agentes en función de formas similares de ejercer la reflexividad. Agrupación sostenida en bienes relationales identificados por quienes se agrupan. En este punto podemos pensar a los grupos utilizando tipos reflexivos análogos a los que Archer usa para pensar a los distintos agentes individuales. Sin embargo, hay que recordar que estos tipos reflexivos aplicados a los grupos tendrán el carácter de tipos aproximados. Esto debido a que la reflexividad compartida de un grupo es resultado de un proceso

colectivo de combinación de semejanzas reflexivas y no de una total coincidencia reflexiva entre sus miembros.

Recurramos brevemente a algunos ejemplos teniendo en cuenta una pregunta clave: ¿qué reflexividad ejercen los distintos grupos sociales? En una familia, por ejemplo, Archer (2012) afirma que se ejerce principalmente una reflexividad comunicativa, donde las relaciones entre los miembros del grupo suponen un tipo de apoyo entre ellos para concretar ciertas acciones —el bien relacional está ligado a dicho apoyo—, lo cual usualmente conlleva la construcción de lazos afectivos. Una empresa, por otro lado, es un grupo en donde se dispensa, según la autora, una forma de reflexividad autónoma, en donde los bienes relationales identificados por los miembros del grupo se apoyan fundamentalmente en los intereses individuales de cada miembro, por lo tanto, no forjan fácilmente un fuerte lazo social entre ellos. Por supuesto, se trata de tipos ideales útiles para ilustrar los alcances teóricos de este concepto; en la realidad, los tipos reflexivos tienden a mezclarse para formar reflexividades —compartidas o individuales— que son propias de los agentes analizados y por tanto presentan sus lógicas y particularidades emergentes, como lo demuestran Pórpora y Shumar o Mrozowicki en sus investigaciones. Sin embargo, el concepto de reflexividad compartida nos ofrece de valioso la forma de trazar un espectro reflexivo a partir del cual es posible entender el comportamiento interno y la posición de ciertos grupos frente a las estructuras socioculturales de un contexto social. Así, podemos entender de manera profunda el modo en que cada grupo genera sus proyectos de acción colectiva, movilizando clasificaciones sociales específicas.

Sintetizando, la reflexividad compartida no alude a un grupo que se forma porque todos sus miembros son reflexivos —si fuera así, todo el mundo sería parte de un mismo grupo—. Tampoco es que solo existen cuatro grupos —acordes cada uno a un tipo reflexivo—. No es la reflexividad —sin más— lo que los miembros de un grupo comparten, sino un modo específico de aplicar la reflexividad, que posibilita un primer acercamiento entre miembros. La reflexividad compartida muestra la forma similar que tienen ciertos agentes individuales específicos de identificar bienes relationales en las relaciones que mantienen con su contexto¹⁰. Este primer acercamiento es un proceso colectivo que posibilita la morfogénesis de un grupo.

¹⁰ Se podría teorizar sobre la manera en que se identifican bienes relationales según el modo reflexivo. Esto, utilizando las trayectorias que Archer (2012) reconstruye cruzando las dinámicas de la reflexividad relacional y su tipología de modos reflexivos. Así, los elementos que creemos que son clave para entender relaciones entre agentes con similitudes reflexivas son los «consejos» que generan lazos afectivos en el caso de los comunicativos, los «intereses personales» en el caso de los autónomos, los «valores o significados» atribuidos a la relación en el caso de los metareflexivos y un «anclaje» a la relación por parte de los fracturados en respuesta a males relationales previos que no les permiten definir un curso de acción coherente y sostenible. Dedicarnos a profundizar en esta cuestión requeriría otro trabajo.

Luego, los grupos se van especificando, al adquirir un objetivo compartido o preocupaciones compartidas, roles y, fundamentalmente, un esquema de clasificaciones sociales propio¹¹.

4. CONCLUSIÓN. UN ABORDAJE POSIBLE

A lo largo de este trabajo se fue planteando la idea de que los grupos sociales pueden considerarse agentes colectivos que presentan categorías que les son propias y propiedades emergentes específicas: una reflexividad compartida sobre la cual basa sus relaciones internas, fundamentando su organización, su objetivo grupal y su capacidad de formar un proyecto de acción colectiva en relación con el contexto en el que se encuentra; la capacidad de clasificarse simbólicamente, definiendo símbolos capaces de representar al grupo; la capacidad de clasificar las relaciones sociales posibles a su interior, definiendo formas de entrar en contacto por parte de sus miembros, siempre mediadas por la tecnología; la capacidad de clasificarse políticamente, definiendo su posición frente a estructuras socioculturales en el ámbito público; la capacidad performática de sus clasificaciones sociales, al poder ellas ser incorporadas reflexivamente por sus miembros a fin de representar al grupo en instancias en donde este no pueda hacerse presente.

Todas estas categorías y dimensiones teóricas marcan lineamientos para el abordaje de diferentes grupos y sus lógicas internas de funcionamiento. En este sentido, intentar observar los puntos de contacto entre las reflexividades propias de los miembros de un grupo particular, puede ser el puntapié inicial para dar cuenta de una reflexividad compartida que ayude a comprender los objetivos, el modo de acción o las relaciones sociales al interior de dicho grupo. Esto hace a la teoría

¹¹ Una cuestión fundamental que atraviesa este trabajo puede resumirse en la pregunta: ¿cómo se pasa de ser un azaroso conjunto de individuos a ser una agrupación de individuos? Explicar esto desde las bases teóricas expuestas implica pensar una forma de acercamiento entre agentes individuales que posibilite una agrupación y que vaya más allá de la imprecisa «intencionalidad colectiva» o del apoyo en preocupaciones compartidas. Todo este apartado busca justificar teóricamente que la «intención de agruparse» deriva de la identificación, por parte de los individuos, de un bien provisto por la relación que mantienen con otros. Las preocupaciones compartidas serían justamente un «bien», concretamente, un bien relacional. Pero para que un bien relacional sea identificado, sostenemos, debe existir una relación sólida y medianamente sostenible entre los agentes. La reflexividad compartida explica esto último: las formas similares de ejercer la reflexividad mediante la conversación interna crean un marco en donde es posible entablar una relación que produzca bienes relacionales. Esta relación posible, este marco, propicia la aparición de bienes relacionales como preocupaciones compartidas y también posibilita este acto de «intencionalidad colectiva». Este marco de posibilidad es un vacío conceptual de la teoría morfogenética —abordada en los términos de este texto— respecto a su explicación sobre la formación de grupos. Un vacío conceptual que la idea de reflexividad compartida podría llenar.

morfogenética una herramienta de gran potencialidad para el abordaje de grupos sociales y su relación específica con los distintos elementos de un contexto social determinado.

REFERENCIAS

- Archer, M. (1996). *Culture and Agency: The Place of Culture in Social Theory*. Cambridge University Press.
- Archer, M. (2000). *Being Human. The Problem of Agency*. Cambridge University Press.
- Archer, M. (2003). *Structure, Agency and the Internal Conversation*. Cambridge University Press.
- Archer, M. (2007a). *Making Our Way Through the World*. Cambridge University Press.
- Archer, M. (2007b). The Trajectory of the Morphogenetic Approach: An Account in the First-Person. *Sociología, problemas e prácticas*, (54), 35-47. <https://sociologiapp.iscte-iul.pt/pdfs/54/550.pdf>
- Archer, M. (2009). *Teoría social realista. El enfoque morfogenético* (Trad. D. Chernilo). Ediciones Universidad Alberto Hurtado. (Obra original publicada en 1995).
- Archer, M. (2012). *The Reflexive Imperative in Late Modernity*. Cambridge University Press.
- Archer, M. (2013). Reflexivity. *International Sociological Association: Sociopedia.isa*.
- Bialakowsky, A. (2017). El abordaje problemático como metodología para la investigación en teoría sociológica y el análisis de las clasificaciones sociales. *Cinta de moebio*, (59), 116-128. <http://doi.org/10.4067/S0717-554X2017000200116>
- Bialakowsky, A. (2022). Debates actuales y redefiniciones sobre la alienación desde el problema de las reclasificaciones opresivas. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 22(2), e3177. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.3177>
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (Trad. T. Kauf). Editorial Anagrama.
- Caetano, A. (2015). Defining Personal Reflexivity: A Critical Reading of Archer's Approach. *European Journal of Social Theory*, 18(1), 60-75. <https://doi.org/10.1177/1368431014549684>
- Donati, P. (2010). Reflexivity After Modernity. From the Viewpoint of Relational Sociology. En M. Archer (Ed.), *Conversations About Reflexivity* (pp.144-164). Routledge.
- Donati, P. (2011). *Relational Sociology. A New Paradigm for Social Sciences*. Routledge.
- Donati, P. (2024). Margaret Archer's Theory of the Human Person: An Assessment. *International Review of Sociology*, 34(1), 52-74. <https://doi.org/10.1080/03906701.2024.2320438>
- Durkheim, É. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Ediciones Akal.
- Elder-Vass, D. (2007). Reconciling Archer and Bourdieu in an Emergentist Theory of Action. *Sociological theory*, 25(4), 325-346. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9558.2007.00312.x>

- Glaeser, A. (2005). An Ontology for the Ethnographic Analysis of Social Processes. Extending the Extended Case Method. *Social Analysis*, 49(3), 16-45. <https://www.jstor.org/stable/23179073>
- Henríquez, A. (2017). Desempacando la identidad personal en el realismo morfogenético: formas de ego, reflexividad sustantiva y proyectos de vida. *Estudios sociológicos*, 35(104), 407-428. <https://doi.org/10.24201/es.2017v35n104.1487>
- King, A. (2010). The Odd Couple: Margaret Archer, Anthony Giddens and British Social Theory. *The British journal of sociology*, 61, 253-260. <https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2009.01288.x>
- Mansilla, M. (2023). Socialización según Margaret Archer: la reflexividad relacional como una reclasificación sociológica. *Question/Cuestión*, 3(76), e835. <https://doi.org/10.24215/16696581e835>
- Mrożowicki, A. (2010). The Agency of the Weak: Ethos, Reflexivity and Life Strategies of Polish Workers After the end of State Socialism. En M. Archer (Ed.), *Conversations About Reflexivity* (pp. 167-186). Routledge.
- Pignuoli-Ocampo, S. (2018). De la crítica a la sociología conflacionista al realismo crítico morfogenético en Margaret Archer. *Cinta de moebio*, (63), 297-313. <http://doi.org/10.4067/S0717-554X2018000300297>
- Pórpora, D., & Shumar, W. (2010). Self-Talk and Self-Reflection: A View from the US. En M. Archer (Ed.), *Conversations About Reflexivity* (pp. 206-220). Routledge.
- Rinesi, E. (2015). Notas sobre la tragedia y el mundo de los hombres. *Anacronismo e irrupción*, 5(8), 271-296. <https://doi.org/10.62174/aei.1097>
- Romero Gómez, J. C. (2015). *Fútbol y política, la injerencia de las barras bravas en la política argentina. El periodo de Cristina Fernández, 2007-2015* [Tesis de grado, Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá].
- Tarde, G. (1986). *La opinión y la multitud*. Taurus.
- Tilly, C. (1984). *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. Russell Sage Foundation.
- Vandenbergh, F. (2007). Avatars of the Collective: A Realist Theory of Collective Subjectivities. *Sociological Theory*, 25(4), 295-324. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9558.2007.00311.x>